

Raúl Zurita: una poética de la orfandad

DICIEMBRE 1, 2021

POR FRANCISCA NOGUEROL

Todos decían tu papá era esto o esto otro, o hizo tal cosa o hizo tal otra, y me doy cuenta de que era esa palabra la que me lo hacía incorpóreo. Qué es papá. Nada, un golpe de aire en dos sílabas que explotan: pá-pá.

El día más blanco (1999, p. 126)



@ Paulina Wendt

Si existe un sentimiento que recorra de principio a fin la escritura de Raúl Zurita, este es el de la orfandad. La imposibilidad (y el deseo) de aferrarse a una figura protectora...

En otra ocasión, declarará: «Mi autor más significativo es Juan Rulfo. Sus personajes hablan y uno tiene la sensación de que sus conflictos en la tierra eran tan irresolubles que seguían rumiándose después de muertos» (2016, n.p.).

ausente para su vástago como lo fue Pedro Páramo para Preciado. Ambos autores se muestran deudores del «cristianismo en ruinas», por el que el peso del pecado, inoculado en la infancia, impide asumir la idea de redención.

Zurita, que quedó huérfano a los dos años (con dos días de diferencia entre la muerte de su padre y su abuelo), dedica El día más blanco a escharbar en los recuerdos de infancia. Ahí conocemos a un niño añorante de su progenitor (presente en la vida del chico y de su hermana a través del cuadro ante el que los exponen para premiar o reprender sus acciones).

Las huellas del desvalimiento se repiten a lo largo de toda su obra. Así se aprecia, por ejemplo, en los versos que comienzan «Canto de amor a los países»: «¿Te acuerdas chileno del primer abandono cuando niño? Si, dice/ ¿Te acuerdas del segundo ya a los veinte y tantos?/ Si, dice/ ¿Sabes chileno y palomo que estamos muertos?/ Si, dice [...]» (2021a, p. 206).

Zurita, que quedó huérfano a los dos años (con dos días de diferencia entre la muerte de su padre y su abuelo), dedica El día más blanco a escharbar en los recuerdos de infancia. Ahí conocemos a un niño añorante de su progenitor

Pero, sin duda, el mejor testimonio de este hecho lo ofrece Zurita. El libro se abre y se cierra con el reclamo del hablante a un padre ausente: «Mañana me marcho papá [...] / No me hablas papá» (2021a, p. 259).

La orfandad se extiende a los tres hijos mayores del autor. En un ejercicio de radical sinceridad, Zurita recuerda con frecuencia su separación de la primera esposa a los veintitrés años, lo que supuso el abandono de Iván, Sileba y Gaspar, nacidos con apenas un año de diferencia. Así se aprecia en la pregunta que concluye «In Memoriam».

Algunos de los poemas más desoladores del autor están dedicados, de hecho, a Iván Zurita, su primogénito, al que se presenta perdido en «Retrato entre los témpanos» – «es algo infinitamente remoto/ glacial, su cara ya abandonada entre los hielos» (2021a, p. 226)–; incapaz de comprender el inminente abandono paterno en «Zurita-Poema de amor» – «Él se/rie sujetándose de los pantalones/ y es tan pequeño, es tan pequeñito» (2021a, p. 280)–; rabioso –junto a sus hermanos– en «In Memoriam: tu nevada mejilla»: «Hijo de puta nos dejaste. Grandísimo hijo de puta nos dejaste/ –Iván, Sileba y Sebastián esfumándose sobre las/ nieves de los Andes (2021a, p. 272)».

Pronto, el sentimiento de orfandad se amplía a los otros. Así, encontramos imágenes alucinadas, vinculadas a la pérdida de los padres, en la conclusión del poema-film «El paraíso vacío»:

Nada. Una multitud de seres famélicos agitan tarros vacíos gritando «Está muerta, está muerta». Es sólo la figura de un niño encogido. [...]

Dice Mutter, no, dice Muerte. Un intenso fulgor quema la imagen y todo se va al negro. La multitud sigue gritando, pero no se ve. Sobre ellos se alza el hongo de una gigantesca explosión atómica, no, es la cara de una bella mujer proyectada en la pared. Las manos del niño se acercan y palpan a tientas el muro:

madre, madre (2021a, p. 192)

Puesto que el dolor es biyectivo, en la obra que comentamos los padres también quedan huérfanos de sus hijos. Así ocurre en la interpelación que abre Canto a su amor desaparecido, memorial del represaliado sin tumba escrito con palabras arrasadas: «Ahora Zurita –me miras– ya que de puro verso y desgarro pudiste entrar aquí, en nuestras pesadillas; ¿tú puedes decirme dónde está mi hijo?» (2021a, p. 199).

La tragedia de la orfandad adquiere especial relevancia cuando afecta a los niños. Es el caso de Yazuhiko, la pequeña víctima de la bomba atómica cuya historia ocupa bastantes fragmentos de Zurita. En la misma línea se encuentra Galip Kurdi, el sirio de cinco años protagonista de la instalación «El mar del dolor», que se mostró en la Bienal Artística de Kochi (2016-2017).

En el terreno del testimonio, sobresale la sección «Canto de los hijos solos» en La Vida Nueva, donde un puñado de huérfanos cuenta la historia de sus familiares desaparecidos. Entre ellos, resultan especialmente relevantes las palabras de Basilio Lienlaf, suprimidas de la primera edición de la obra y afortunadamente recuperadas para la publicada por Lumen en 2019.

donde leemos como respuesta a la pregunta formulada al inicio: «Si -me respondió-, pero yo siempre estaré contigo, contigo que fuiste desmembrado» (2021b, p. 237).

La tragedia de la orfandad adquiere especial relevancia cuando afecta a los niños. Es el caso de Yazuhiko, la pequeña víctima de la bomba atómica cuya historia ocupa bastantes fragmentos de Zurita. En la misma línea se encuentra Galip Kurdi, el sirio de cinco años protagonista de la instalación «El mar del dolor», que se mostró en la Bienal Artística de Kochi (2016-2017).

Para comprender el sentido de la exposición, debemos recordar a Amin Kurdi, el niño de tres años que apareció ahogado en una playa turca, y cuya foto de brucos dio la vuelta al mundo. Galip, su hermano, era solo dos años mayor que Amin, pero al carecer de una imagen que testimoniara su muerte, se convirtió en una de las muchas víctimas anónimas de la tragedia del Mediterráneo, a las que Zurita, con su creación, pretendió devolver la dignidad.

Leemos en el poema central de la instalación: «No hay fotografías de Galip Kurdi, él no puede oír, no puede ver, no puede sentir, y el silencio cae como inmensas telas blancas» (2021a, p. 306). El poeta manifiesta su empatía con el padre, reconociendo que no puede ponerse en su lugar: «Cuando la barca repleta de emigrantes sirios se dio vuelta, el/ padre nadó de uno a otro niño tratando desesperadamente de/ salvarlos, pero solo pudo ver cómo desaparecían. Yo no estaba/ allí. Yo no soy su padre» (2021a, p. 306).

Bastan estas conmovedoras palabras para probar, una vez más, que la extraordinaria poética de Zurita se encuentra signada por el sentimiento de orfandad.



Etiquetas #FRANCISCA NOGUEROL #MESA REVUELTA #RAÚL ZURITA

TAMBIÉN PUEDE INTERESARTE...



El tiempo de la escritura JULIO 1, 2025



Inspiraciones. De la repetición, su belleza y su imposibilidad JULIO 1, 2025



Taller de escritura. Un cierto estado de ánimo musical JULIO 1, 2025



Autorizar la escritura del maestra del cuerpo JULIO 1, 2025



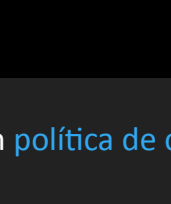
EDITORIAL MESA REVUELTA El tiempo de la escritura JULIO 1, 2025



ENTREVISTA Alejandro Zambra JULIO 1, 2025



SEGUNDA VUELTA Por los tiempos de Clemente Colling: habitar el misterio JULIO 1, 2025



PERFIL Pan en el exilio JULIO 1, 2025